

APRENDER A PARTICIPAR

Jorge Yarce

“Ser buen ciudadano es anteponer el bien común al particular, amar a la patria cumpliendo las leyes, y ser ejemplar en las virtudes que hacen posible la convivencia en la vida social”

Aprender a participar es una de las ideas-guía para el siglo XXI: la persona, la familia, la educación, la empresa y la sociedad tienen que recorrer los caminos de la participación para poder satisfacer las necesidades de sus miembros en el momento actual.

En cada una de ellas la participación adquiere unas modalidades especiales.

Los padres pueden establecerse mecanismos en la familia, que faciliten la participación y la formación de los hijos para vivirla (diálogo, responsabilidades compartidas, etc.).

Lo mismo podemos decir de la empresa, en la cual se fomenta la participación no sólo cuando se habla de participar en la propiedad de la empresa, sino cuando se estimula que sus integrantes se comprometa mejor con lo que hacen, si han intervenido en la preparación de las estrategias de trabajo.

No es sólo escucharles, sino buscar un diálogo permanente y configurar formas de participación en las decisiones, fomentando la autorresponsabilidad y la autonomía.

En este capítulo nos referimos de modo especial a la participación en la sociedad. Y concretamente, a la participación en la democracia como algo vital para que sea más que un mecanismo de elección popular, un sistema para la gestión social del desarrollo, en el que tomen parte todos los ciudadanos.

No se puede construir una comunidad sin esa activa participación en la democracia. No importa que las personas no sientan el deseo de respaldar ninguna opción política determinada.

Al menos deben expresar su opinión con un voto en blanco. La pasividad y la inercia de muchos ciudadanos es una falta de omisión que permite que la democracia muestre sus vacíos, precisamente por la falta de participación.

Participando aprendemos, nos hacemos mejores como personas y como ciudadanos de una nación, ayudando a los demás a ser y a hacer, dando trascendencia a las acciones, al trabajo diario y contribuyendo a que todo el mundo ejerza sus derechos y cumpla sus obligaciones con la sociedad.

Otro modo de decir lo mismo es que la participación facilita que entre todos construyamos la comunidad, aspecto indispensable para la vida en sociedad, que constituye una necesidad y una aspiración constante por la que vale la pena trabajar permanentemente.

Por ejemplo, desde la educación, para que los jóvenes y adultos sean más conscientes de lo importante que es esa participación social y política en sus vidas. La comunidad no es algo abstracto.

Es una realidad concreta que depende de quienes la conforman, pero que los guía todos a conseguir un bien común, que es mucho más importante que el bien particular. Para la participación, en cualquiera de sus niveles, se educa y es necesario aprender a participar.

Ser buen ciudadano

La sociedad se construye entre todos, y la participación es como la espina dorsal que hace posible dicha construcción

Si la persona, desde el seno de la familia, ha sido educada para participar, y si luego encuentra en las organizaciones también la posibilidad de actuar participativamente, le será más fácil entender lo que supone la participación en el plano social y político, como mecanismo inherente a la democracia.

Hay que recordar que la participación es un medio, requiere un proceso educativo, necesita de compromiso y está estrechamente unida a la comunicación. Sin comunicación eficaz no existe participación.

Muchas veces hay que empezar por compartir la información, hecho que lleva a que se asuma la responsabilidad de emplearla.

“Un individuo al que se le da la información no tiene más remedio que tomar la responsabilidad” (Carlson).

La sociedad necesita gente formada que sepa dirigir la propia vida, pero que también sean ejemplares en la convivencia y en la participación.

Hay quienes sólo esperan que la sociedad les retribuya o reconozca sus méritos. La actitud correcta es la contraria: ver qué espera de ellos o que pueden ofrecerle.

No sólo a raíz de acontecimientos sobresalientes, sino a través de los compromisos de la vida normal, familiar, de trabajo y de relaciones sociales.

Nadie puede volver conscientemente la espalda a la comunidad que contribuyó a educarle, a prepararle para la vida y en cuyo seno desenvuelve su vida.

No hay que ver esto únicamente en términos de justicia legal –doy para que des– sino más bien en términos de servicio al bien común, de justicia social, en la que yo devuelvo lo que he recibido en forma de trabajo, solidaridad, civismo y patriotismo.

El buen ciudadano siente el peso de su responsabilidad social, lo acepta y se esfuerza

en cumplirlo a cabalidad, es pacífico y trabaja por la paz, cumple las leyes, fortalece la moral pública, vive y custodia los usos y costumbres que forman parte del patrimonio social.

También conoce las tradiciones, la cultura y la historia de su nación. Cuida su idioma, respeta las normas de tráfico, protege el medio ambiente, venera los símbolos patrios, brinda un apoyo especial a los niños, los enfermos y los ancianos y defiende la vida.

Con todo eso, trabaja en la construcción de ese “metro de patria” que es cada familia.

No se puede ser buen ciudadano si no se está educado para la vida social desde la infancia, y si no se tienen bien arraigados ciertos valores muy dentro del ser: civismo, lealtad, justicia, servicio, solidaridad y patriotismo.

Ninguno de ellos está pasado de moda: están vigentes, aunque existan cambios en la forma de vivirlos, no en el fondo de lo que cada uno de ellos significa.